

// Reseñas //



***El coloquio de las plantas***

Luciana Mellado

La Ballesta Magnífica

2021

**Plantas se dice en femenino plural**

**Ana Verónica Juliano<sup>1</sup>**

Recepción: 22 de octubre de 2021 // Aprobación: 24 de noviembre de 2021

*Las palabras me crecen como yuyos  
al borde de la ruta.*  
Luciana Mellado

*El coloquio de las plantas* (2021) es el último poemario de Luciana Mellado y el segundo título de la Colección “Mutaciones de la realidad” de la editorial La Ballesta Magnífica<sup>2</sup>. Reúne catorce poemas que sugieren, a partir de cada título, un pequeño y personalísimo inventario botánico de quince especies, todas ellas bellamente ilustradas por Laura Gagliani, a cargo de quien estuvo el diseño de cubierta e interiores del libro. En “Amapola”, la voz de la

---

<sup>1</sup> Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Directora e investigadora del Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas (IILAC) de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). Profesora adjunta de las cátedras de Literatura Argentina I y Literatura Argentina del Noroeste. E-mail: [veronica.juliano@filo.unt.edu.ar](mailto:veronica.juliano@filo.unt.edu.ar)

<sup>2</sup> Editorial radicada en el Delta de San Fernando.

poeta dice: *No sé si prefiero el dibujo o la flor*; en “Abrojo”, se pregunta: *¿Las plantas son una forma o un contenido?*

El conjunto de las plantas, los dibujos y los poemas constituyen una apuesta estética integradora, inclusiva, en la que las jerarquías tienden a desdibujarse para propiciar el coloquio. Aún en “Abrojo” leemos, *El abrojo tiene un fruto con espinas / que se pega a la ropa y al pelo / de la gente y de los animales*. Nadie es ajeno a su efecto: asistimos, recíprocos, al borramiento de un orden antropocéntrico.

Dedicado a *las mujeres que siembran con otras* y a la memoria de las poetas patagónicas Macky Corbalán y Anahí Lazzaroni, el poemario invita a una lectura con perspectiva situada, matizada por el género. En sus poemas, Mellado construye moradas para las mujeres y conjura el olvido y el silencio con que la historia, escrita por los hombres, en clave de Occidente, las ha relegado. En “Ruda”, casi como un manifiesto, se articulan estos versos que evidencian un doble posicionamiento para la poeta quien, además de escriba, es también aprendiz y escucha: *Aprendí a valorar lo que otros desprecian / porque escuché la voz de unas mujeres / de este lado del tapiz*.

Es posible singularizar una pequeña serie dentro del poemario que recupera, en gesto vindicativo, a las figuras ya míticas, ya literarias, de Lavinia (“Madreselva y Mala espina”), de Dalila (“Alfilerillo”), de Penélope (“Abrojo”) y de Ofelia (“Ruda”). En sus trayectorias se sedimenta una memoria de agravios que los poemas procuran enmendar. *No te molesta el juego de Penélope, / de tejerse y destejerse cada día. / Te desconcierta que no reclame el viaje / ni el mar, el agua que tiembla*.

La memoria se entrelaza con el cuerpo social y político de otras mujeres para conformar un matrilineaje. Al juego de correspondencias transhistóricas lo manifiesta, por ejemplo, la simetría con que se disponen estos versos: *Pensás en Lavinia / mutilada [...] Pensás en tu abuela / y sus huesos cansados [...] Pensás en tu mamá / y en sus pies tan pequeños*.

La presencia de la abuela y de la madre es recurrente en la poética de Mellado; ellas constituyen una estirpe de mujeres fuertes y sabias, que cuentan y curan, y, por ende, sanan. A partir de su presencia, se despliegan saberes asociados al poder reparador de las plantas. La sabiduría circula, transmitida de boca a boca, de cuerpo a cuerpo, y constituye un acto des-acumulativo contrario a la lógica del capital. *El té de ortiga es bueno / para la tos, / dicen. / ¿Cómo puede hacerte bien / una planta urticante que te irrita la piel?*

La inquietud se aviva, en la conciencia poética, en forma de preguntas insistentes que revelan preocupaciones profundas y vitales, en muchos casos, filosóficas, que propician un diálogo interior. Todo coloquio implica un suave movimiento de despliegue y repliegue, de comunicación, contacto y transformación. Quietud sólo aparente, unos versos de “Ruda” concluyen: *La percepción es participación*. También, convivio.

La voz poética asedia vocablos justos –en el sentido de precisión y de justicia– para hablar en lengua acorde y aproximarse al universo botánico. Se devela cierto gozo en el hallazgo de los nombres y en la adjetivación al describir y atribuir: “dentada”, “lobulada”, “aserrada”, “axilar”, “ovada”, “leñoso”... El mundo de las plantas se distingue, pleno, en sus formas y sentidos singulares. Lejos de *volverlo clasificación, nomenclatura, trofeo*, los poemas reunidos en *El coloquio de las plantas* de Luciana Mellado entablan, construyen mutuas implicancias, acercan, completan soledades. Leemos en “Farolito japonés”:

*Hay cuerpos recíprocos  
más allá de la materia,  
cuerpos que se atraen,  
se comprenden,  
conversan.*

También en nosotros se avivan inquietudes y se despierta un deseo de comunión: trascender la materia con que estamos hechos para alcanzar la comprensión definitiva, la conversación última, en definitiva, la Poesía.